

taba disputando en el juzgado, el director y sus compañeros han formado la papeleta para sacar los gastos que originó la función, y reparar el sobrante entre el director y los actores, en la proporción de 8 las primeras plazas, 7 las segundas y 6 las terceras. Mas aquí de Dios que los malditos gastos de casa, música, alumbrado, licencia, cartel, saca de papeles, mites, guardia, ramas para figurar el bosque, etc., etc., importan nada menos que 40 pesos, cuando el producto de la entrada solo es de 29! Por consiguiente faltan 11 duros para cubrir la papeleta, y nuestro D. Telonio tiene que dar su parte correspondiente á la plaza que disfruta. Por supuesto que no dá nada porque en eso de dineros nuestro hombre está punto menos que un folletinista de profesión.

Pero si él no da nada, en cambio le dan á él. . . . ¿qué piensa vd. que le darán? ¡Desgraciado D. Telonio! La bodegonera le dá la pesadumbre de decirle que no cuente con mas víveres si no paga lo que hasta allí se ha comido. El huésped del meson le dá una cólera al presentarle la cuenta del cuarto; y el desilustrado zapatero le dá una cita judicial reclamando el importe de un par de plebeyos zapatones. Estos golpes destruyen el porvenir risueño de holganza y de placeres: va y disputa con el director sobre economía de gastos: propone medios para alborotar las funciones, lo que quiere decir que se alborote á los pacíficos habitantes de la poblacion para que concurren á ellas. Habla y disputa, y casi se enfurece al pensar en la que se le espera al cabo de dos meses si sigue disfrutando tan desconocido honorario. Para colmo de males el gracioso de la compañía acaba de exasperarle con uno de sus chistes, pues le pronostica que al fin tendrá que volver á México lo mismo que los indios que vuelven de la romería de Chalma; esto es, con un santo enarbolado en la punta de un palo y pidiendo maiz por el camino.

El héroe de nuestro artículo que no habia visto en sus delirios mas que la gloria y la inmortalidad, comienza á conocer que el dinero no seria un cuerpo heterogéneo entre el renombre y la fama póstuma. Por desgracia los aplausos no son un alimento muy nutritivo, y hasta ahora no sabemos de alguno que haya confeccionado con ellos siquiera una cazuela de prosaicas sopas. Y como es el caso que no solo para hacerse inmortal, sino únicamente para vivir el mayor número de años posible, es preciso que el estómago esté contento y satisfecho del cariño de su dueño, por esto precisamente el cómico hace los mayores esfuerzos para tener grata aquella parte integrante de su vida póstuma.

Lástima es que los poetas hayan olvidado esta friolerilla, cuando se han puesto á cantar el honor, la gloria, el orgullo, y otras zarandajas del mismo jaez!

Por lo demás, es cosa muy grata el hacer que nuestros semejantes

nos conserven en su memoria luengos años; y como esto era precisamente lo que ambicionaba nuestro tipo, puede vd. jurar que lo conseguiria, supuesto que despues de mucho tiempo de haber dejado el pueblo donde antes le hemos visto, aun conservan la memoria de nuestro hombre la susodicha bodegonera, el zapatero, el huésped del meson, y algunas otras personas, á quienes por no faltarles al respeto no le presento á vd. personificadas en una fila de quince etcéteras.

En el pueblo en donde se halla ahora D. Telonio ha ganado lo mismo que en el primero; pocas monedas y muchos desengaños: por eso le verá vd. siempre en dimes y diretes con la lavandera, el sastre, el dueño de la tienda fulana; y lo que es peor, casi muchas veces acometiendo la árdua empresa de buscar un cigarro entre sus compañeros, cosa tan difícil de hallar entre aquellas gentes, como encontrar la modestia entre una docena de noveles dramaturgos. Por lo demás, y exceptuando la escasez de recursos, la vida del cómico de la legua no es tan mala que digamos, y mal podria decirse que era una vida de perros. Se despierta á las ocho ó nueve de la mañana: en seguida se viste con el mayor aplomo: despues, solo para tranquilizar en algo su conciencia, se deja caer sobre una silla, saca su papel, y entre bostezos y esperezamientos le dá un repaso, con lo que se le queda en la memoria lo muy preciso para no saber de él ni una jota. Cansado de trabajo tan penoso se larga á la tienda para pasar en ella el rato mientras es hora del ensayo, en el cual, y á fuerza de enronquecer al apuntador, y de ensayar seis veces en la semana, llega á saber de su papel lo suficiente para no decir en la comedia mas que quince ó veinte desatinos. Despues del ensayo nuestro hombre queda libre, y todo su quehacer es no hacer nada, salvo el caso de que haya baile en la casa del diezmero, en la del alcalde ó en el curato, pues entonces ya tuvo en qué ocuparse aquella noche, supuesto que está convidado con sus compañeros, y que los concurrentes fundan en él sus esperanzas para ver bailar y oír cantar como Dios manda.

Así poco mas ó menos pasa la vida nuestro protagonista, hasta que fastidiado de ella rescinde su contrata, ó bien se disuelve la compañía porque ha llegado la cuaresma, y entonces vuelve á México, ó á otra capital, para ajustarse de nuevo.

Lo dicho respecto de nuestro hombre tiene sus escepciones, y es preciso citar á un Castelan, á un Cano, á los Siliceos, á Morales, á Manzano, á Lizardi (hijo del Pensador), y á otros muchos actores de la legua, estudiosos, aplicados y con bastante genio para el arte que han emprendido. Quizá con una buena escuela y algo de protección, esos actores que apenas son conocidos en la capital, hubieran hecho sus nombres tan célebres como los de un Garrick, Talma, Maiquez, Seridan, Henderson, Rios, Granados, Garcés, Aldovera, y tal vez no faltarian actrices de tanta nombradía como la Duclos, la Lecoubreur, la Du-

mesnil, la Balicour, y las famosas María Calderona, y María Ladvenant, siendo esta última una de las joyas mas preciosas que sin duda ha tenido el teatro español.

Por desgracia nuestros actores viven en la miseria y en ella mueren. Hasta ahora no sabemos de alguno que haya llegado á la altura del riquísimo cómico *Esopo*, amigo de Ciceron, ni á la de *Sexto Roscio*, quien tuvo la honra de recibir el anillo de oro de manos del mismo dictador *Lucio Sylla*. Nada de eso: á nuestro *Cómico de la legua* ni siquiera le queda la esperanza de encontrarse un Dioclesiano ó un Juliano Apóstata, como lo tuvieron los cómicos *Genesisio y Porfirio*, quienes merced á su conversion y al martirio terrible que sufrieron por haber abrazado la fé cristiana, hoy habitan en el paraiso celestial, y son San Gines y San Porfirio.

¡Cómo ha de ser! El cómico de la legua nace para desempeñar grandes personajes, pero solamente en las tablas; y aunque dicen que el mundo es una comedia eterna, en ella le cupo representar un papel bien desgraciado.

Paciencia, y entre tanto echemos el telon.—E.

